

EL OFICIO DE LAS LETRAS

Hernán Godoy Urra es profesor de Castellano. Lo conocí hace años en Madrid, donde ya mostraba inclinaciones hacia la sociología, disciplina que lo cuenta entre sus principales cultores chilenos. Pero se trata de un sociólogo culto, que no termina en estadísticas ni requiere de un lenguaje esotérico para expresarse; de un sociólogo interesado, no sólo en poblaciones marginales ni en los problemas económicos del subdesarrollo, sino también en las bellas artes, en las letras, en el pensamiento. Sociólogo, en fin, que no está en la antepala de los partidos políticos y que sabe hacer muchísimas cosas más que encuestas presidenciales o parlamentarias.

La Editorial Universitaria le publica recién *El oficio de las letras*, obra densa y especializada que, sin embargo, se lee con gusto y con provecho. Basado en una serie de investigaciones realizadas con acuciosidad y con tino —preguntas exhaustivas a medio millar de escritores—, el autor presenta la realidad sociológica de nuestros artistas de la palabra. Los resultados son bastante sorprendentes. Por ejemplo, que los escritores provenientes de las clases altas tienden a camuflarse y a decirse de grupos modestos; que muchas de las vocaciones a escribir se despertaron en la niñez; que el incipiente escritor es, en un alto porcentaje, un reconcentrado tímido, que a duras penas muestra el fruto de su pluma; que en la familia hay una dosis enorme de escepticismo respecto del futuro profesional de cualquiera de sus miembros que manifieste interés por las letras, el cual suele recurrir de preferencia al profesor de Castellano antes que a su padre o hermanos.

La preparación, así, de los primeros escritos suele ocurrir en soledad y en

precaras condiciones psicológicas e intelectuales.

El primer libro aparece en la mayoría de los casos cuando el autor anda por los veinte años. Si difícil fue la preparación de la obra, más difícil es su publicación. Cuenta Hernán Godoy que apenas el 16 por ciento de los primeros libros aparecen con sello editorial. En la gran mayoría de los casos se ha de recurrir al autofinanciamiento, hecho bastante grave dada la juventud de los autores y sus escasas posibilidades económicas; añádase la mala distribución del libro editado en forma privada. Los editores explican sus rechazos con razones económicas, y agregan curiosos datos acerca de monopolios irritantes y de absurdas disposiciones legales que los obligan a elevar sus costos. ¿Cómo no extrañarse ante el hecho de que el libro nacional no pueda usar papel importado, muchísimo más barato que el chileno? La autorización, en cambio, se concede a las revistas, que a menudo nada tienen que hacer con la cultura ni con el arte. Y están las dificultades para llevar el impreso más allá de Chile. Ante tan alarmantes datos, parece imprescindible llevar ade-

lante una política cultural de gran envergadura, que proteja al autor, difunda su obra, facilite las impresiones y promueva las exportaciones. El libro chileno no tiene ningún peso en el continente, que antes se nutría de él. México y Buenos Aires han desplazado en esto, como en tantas otras cosas, a Santiago. La enorme competencia de Madrid contribuye a relegar aún más los escritos chilenos.

Y siguen los problemas: la obra realizada con tantas dificultades, publicada en forma casi confidencial, ha de enfrentarse con el crítico. Curiosamente, la mayoría de los escritores consultados tienen experiencias positivas a este respecto. Recuerdan los elogios a su primera publicación en forma gratuita: hubo comprensión, se recibió un estímulo, hubo indicaciones de provecho. Alomejor, tedado de arbitrariedad, lleva las palmas del elogio. Son muchísimos los que lo destacan como el primer crítico nacional. También Hernán del Solar recibe el reconocimiento de un alto porcentaje de literatos.

El oficio de las letras he venido a echar luz sobre una materia no estudiada hasta ahora en el

país. Era difícil de ordenar, de ponderar, de proyectar hacia tesis generales. Hernán Godoy ha sortado con buen éxito todas estas dificultades. Quedan pendientes, ciertamente, nuevos estudios vecinos con los recién abordados. Por ejemplo, falta saber qué se lee en Chile, por qué las preferencias van hacia tal o cual lado, en qué porcentaje se lee lo que requerirá un método comparativo, qué implicancia en las lecturas tienen los programas oficiales del Castellano en la enseñanza básica y en la media, etc. Pero lo hecho es bueno e interesante. Muchos de sus planteamientos harán meditar. La literatura, nos dice Hernán Godoy, es una actividad antieconómica. No valen para ella los valores monetarios de cambio. La actividad se paga con hojas de laurel, que representan un valor simbólico de reconocimiento, que se traduce en prestigio y poder social en la estricta medida en que la sociedad valoriza la creación espiritual. Como tal valoración no es muy alta en la nuestra, aun esas hojas de laurel resultan bastante pequeñas y hasta risueñas. Quien haya vivido la experiencia de escritor en Chile, bien sabe qué patética verdad hay tras esto. El oficio de las letras continúa siendo oficio heroico entre nosotros. Y un tanto "peligroso". El inconformismo de los artistas es, antes que protesta, encuentro necesariamente negativo con una sociedad que sistemáticamente de hecho les cierra sus puertas.

El libro de Hernán Godoy desarrolla a través de sus tres grandes capítulos —El escritor y la sociedad, El oficio literario y Estructura social de la vida literaria— un solo tema fundamental: la situación precaria de una tarea cuya dignidad en teoría nadie desconoce y que en la práctica poquitos saben reconocer y recompensar.



● Hernán del Solar, lugar expectante entre los críticos literarios chilenos.

El Suramericano 30-VIII-1970-13

AUTORÍA

Montes, Hugo, 1926-2022

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El oficio de las letras [artículo] Hugo Montes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa